TRIBUNA LIBRE

CLARIVIDENCIA

De todos los aspectos de la transición, la falta de clarividencia en sus escritores, respecto al mimoso trato que les dispensa el poder, me causa la mayor extrañeza. Cuesta creer que todos estén ciegos o carezcan de esa imaginación que anticipa el desenlace de las relaciones labradas entre artistas de fama y príncipes del Estado. Un terreno propicio a la eclosión del talento literario. Apenas hay autor grande que no lo haya explotado con genialidad. En la literatura de la transición, esas típicas relaciones están concebidas, incluso por gente de mérito, con ligera simpleza, pesada vulgaridad y poco mundo. Sería demasiado cruel entrar en comparaciones con los novelistas de otras épocas. Basta una pieza de teatro, en los albores del XIX, para saber de lo que hablo.

La Princesa pone una corona de laurel a Tasso, protegido de su hermano, Príncipe de Ferrara, en recompensa del poema que acaba de terminar; y otra igual en un busto de Ariosto para realzar aun más la gloria del joven poeta. En ese momento llega, triunfante de una negociación de Estado, el favorito Antonio. Tasso: «Espero saborear los frutos de tu inmensa experiencia». Antonio: «Tú me verás siempre sincero, si desde tu mundo puedes echar una mirada en el mío. Me extraña ver aquí dos cabezas coronadas». Tasso: «Si mi dicha es chocante a tus ojos, quisiera que esa misma mirada viese la vergüenza que me habita». Antonio: «Cuando el Príncipe recompensa ignora la medida, aprendes al presente lo que todos sus servidores conocen». Princesa: «Espera ver su obra, y nos encontrarás justos y moderados». Antonio: «Quien se siente lo bastante fuerte para alinearse con este hombre (Ariosto) merece la corona, aunque no sea más que por su bravura. Estos poetas, estas coronas, y el vestido de las bellas engalanadas para alguna rara fiesta, me transportan y me lanzan en un mundo desconocido». La Princesa coquetea con Tasso y le asegura que Antonio lo pondrá al nivel del que acaba de oponerle como gigante. El poeta dice que eso no le ofende: «Lo que me ha emocionado es la imagen del mundo inmenso y sin quietud, cuyo centro es un hombre de espíritu todopoderoso, un semidios que osa prescribirle su curso. Cuanto más le escuchaba, más me veía disminuir en mi propia estima».

Aparte de la envidia que se oculta en la humillación del poeta por el poderoso, Goethe quiere instruirnos, con «Torcuato Tasso», sobre el modo dramático de ser clarividente en las relaciones con el Poder. A este fin, pone en pie tres ideas. 1. La suspicacia de los poetas, vicio de su carácter, es fuente de perspicacia, virtud de la inteligencia, para ver la falsedad de las relaciones que el Príncipe anuda en su entorno. 2. La razón de esa falacia no está tanto en la celosa condición de las personas cortesanas, como en la relación entre mundos que se ignoran por principio. 3. De tal ignorancia manan dos sentimientos opuestos: admiración ciega de los hombres de espíritu por los hombres de acción; y desprecio instintivo de éstos hacia aquéllos, a quienes usan, como si fueran ingenios mecánicos, por utilidad o diversión.

Cuando Tasso dice que las artes y las ciencias encuentran apoyo en el Príncipe, Antonio precisa: «Él honora la ciencia según su utilidad, según que ella enseñe a conocer los pueblos, a gobernar el Estado; él estima las artes según su poder de embellecer, si aumentan los esplendores de su Roma, si hacen de sus palacios, de sus templos, milagros terrestres. Nada alrededor de él debe permanecer inactivo. Lo que encierra un valor tiene el deber de manifestarse y de servir». Manifestarse en adulación. Servir a su poder. Destino de laureados.Tasso, no bastante joven para inclinarse ante los falsos dioses, ni bastante viejo para retar al ultraje palatino, se rebeló en el santuario del mundo, por su propia estimación, por orgullo de escritor. Y cayó en desgracia. O sea, se inmortalizó. Entre tantos laureados, ¿cuál es el Tasso de la transición?

Antonio GARCÍA TREVIJANO

GOBIERNOS TÍTERES

En estos últimos días han tenido lugar dos grandes cumbres mundiales. Una de ellas, la primera, ha sido la congregación de máximos dignatarios de importantes potencias en torno al cadáver de Hassan II. La segunda se desarrolla en Sarajevo y el número de cadáveres que la agrupa, esta vez anónimos, es mucho mayor. La comparación entre ambos acontecimientos y su discurrir no puede ser más aleccionadora sobre el mundo que estamos viviendo.

En el primer caso hemos asistido a toda una elegía sobre la figura de Hassan II; se han derramado lágrimas y elogios. Parecería, oyendo a los líderes que han acudido a las exequias y leyendo o escuchando los comentarios e informes de los medios de comunicación, en que apenas han emergido pequeñas críticas, que el mundo ha perdido un modelo de gobernante. Que Hassan II se haya enriquecido inmensamente, mientras su pueblo se hundía en la miseria y en la represión carece de toda importancia, ya que en los últimos años inició una tímida democratización. Que semejante monarca viviera rodeado de concubinas e incluso de esclavas no es repudiable, por el contrario debe ser comprendido como una peculiaridad cultural en el respeto que las culturas deben profesarse –especialmente si satisfacen el patriarcalismo de los grandes dirigentes varones– y nos aporta una bella imagen que nos remonta al mundo de las «Mil y una noches». Que haya invadido y ocupado un territorio ajeno, el Sahara Occidental y expulsado a sus moradores es algo en que no se debe insistir, ya que el Frente Polisario representa algo muy peligroso y Hassan ha asegurado la estabilidad en la zona. Por lo demás, se anuncia un casi inalcanzable, tantálico referéndum, respecto al cual las maniobras de dilación y manipulación del censo deben ser comprendidas en nombre de dicha estabilidad. Y además la antigua potencia colonizadora, España, al parecer, no se muestra demasiado interesada en los derechos del pueblo saharaui, pues tanto en este asunto como en los conflictos pesqueros nuestros gobernantes –aunque no nuestro pueblo– rinden una misteriosa pleitesía, digna de mozárabes, al poder marroquí.

Si miramos ahora a la segunda cumbre, nos sorprende un fenómeno contrario: la indulgencia ante las «travesuras» de Hassan II, la cariñosa benevolencia es sustituida por la ferocidad implacable, el odio respecto no sólo a una figura, la de Milosevic, sino a todo un pueblo, el serbio, al que tras haber bombardeado y destruido se quiere someter y gobernar según la conveniencia de las potencias occidentales. El gran Marruecos es un proyecto hermoso y saludable, la gran Serbia, o antes el mantenimiento de Yugoslavia, algo insostenible, una unidad que había que despedazar –como se hizo con la Unión Soviética– para dividirla en parcelas controladas y colonizadas económicamente. Mientras se alaban los vacilantes pasos y las promesas del proceso democratizador de Marruecos se niega a los serbios el derecho a elegir a sus gobernantes libremente. El presidente Milosevic no es invitado a la cumbre de Sarajevo, la representación de Serbia es reservada a la oposición, a la cual promete con gesto altamente democrático financiar Clinton con diez millones de dólares. Cualquier persona mínimamente informada sabía que la Administración de los Estados Unidos viene interviniendo en la política interior de los demás países, mediante operaciones encubiertas, acciones criminales a cargo de la CIA, manejo silencioso de fondos económicos con que apoyar a los políticos y movimientos dispuestos a seguir sus directrices y, por supuesto, propaganda tendenciosa. Ahora todo secretismo ha sido levantado. Pero, sobre la descarada acción se mantiene el mismo veto retórico, proclamando la defensa de la democracia y la «estabilidad» de la zona. Y las masas de incautos, así como las minorías de interesados, se resisten a la evidencia cruda, a proclamar que «el Rey está desnudo».

Durante la última guerra mundial, los nazis, a medida que conquistaban territorios iban imponiendo gobiernos títeres, que representaban el interés de Occidente frente a las hordas asiáticas del comunismo. En el nuevo neofascismo estamos asistiendo al mismo fenómeno. Ahora es la «Pax americana» la que dicta y juzga los gobiernos del mundo.

Carlos PARÍS

FRANCOTIRADORES

Los espías mediáticos de *Juan Bravo* han alertado a este columnista sobre algunos de los últimos movimientos accionariales en medios de comunicación, especialmente en una cadena de emisoras de radio y aseguran que tiene más trasfondo del aparente. Así, ex accionistas de la tal cadena se intentan situar como puente con un conocido periódico para hacer una particular «multimedia» de influencias desde la que tener más capacidad de dictar políticas, que es lo que algunos periodistas desean, más que dictar noticias, que es mucho menos rentable. Y es que la ausencia de una línea clara en el entorno de los medios que no están claramente alineados con la política socialista ha favorecido un interesante reino de taifas, en el que los codazos se asientan en los hígados de los próximos, a falta de impactar en los estómagos ajenos. Porque cuando la autoridad escasea, los francotiradores abundan, según nos han enseñado las guerras étnicas de los Balcanes. Mientras tanto, en algún palacio gubernamental, los responsables de la cosa se miran al ombligo enormemente satisfechos con su probada capacidad para no hacer absolutamente nada, lo que no les quita de los rostros la sonrisa autocomplaciente. Rubalcaba está que se parte de risa.

Juan BRAVO